

## Introducción

A finales del verano de 2008 se sucedieron en poco tiempo dos acontecimientos que iban a marcar el fin del nuevo orden mundial basado en el incontestable poder económico y planetario de Estados Unidos. En agosto, Georgia, estado cliente de los norteamericanos, era aplastado en una breve pero sangrienta guerra después de que hubiera atacado a las tropas rusas en el territorio en disputa de Osetia del Sur. La antigua república soviética era un aliado predilecto de los neoconservadores de Washington: su ejército, armado y entrenado por Estados Unidos e Israel, aportaba el tercer mayor contingente en la ocupación de Iraq, y su autoritario presidente, educado en Estados Unidos, había estado presionando activamente para que Georgia se incorporase a la OTAN como parte de la expansión de la alianza hacia el este contra las fronteras de Rusia.

En un desvergonzado ejercicio de inversión de la realidad, el vicepresidente norteamericano, Dick Cheney —y, siguiendo su ejemplo, el entonces ministro de Asuntos Exteriores británico, David Miliband— denunciaba la reacción rusa al ataque de Georgia como una «agresión» que «no podía quedar sin respuesta», al tiempo que George Bush, después de haber desatado no hacía mucho una desastrosa guerra contra el pueblo de Iraq, declaraba que la invasión rusa «de un estado soberano» resultaba «inaceptable en pleno siglo XXI».

Terminada la contienda, el presidente Bush advirtió a Rusia de que no debía reconocer la independencia de Osetia del Sur y Abjasia (precisamente lo que las potencias occidentales habían hecho con Kosovo unos pocos meses antes). Rusia desoyó la advertencia y

veinticuatro horas más tarde hizo exactamente eso, mientras los buques de guerra estadounidenses se veían obligados a darse la vuelta en el mar Negro ante la imposibilidad de descargar suministros en los puertos georgianos por el riesgo de confrontación con las tropas rusas.<sup>1</sup>

El breve conflicto ruso-georgiano supuso un punto de inflexión en las relaciones internacionales. Estados Unidos había quedado en evidencia. Su credibilidad y su influencia militar se estaban viendo socavadas por la guerra contra el terror, Iraq y Afganistán. Pasada la mejor parte de las dos décadas en las que había sido capaz de dominar el mundo cual coloso, imponiendo su voluntad en cada continente, los años de poder americano incontestable habían terminado. Reanimada a base de petrodólares, Rusia había puesto fin al implacable proceso de expansión norteamericana, demostrando que no en todos los patios de vecinos imperaba su ley. El mundo captó rápidamente la idea.

Tres semanas más tarde, un segundo acontecimiento de alcance aún mayor amenazaba el corazón mismo del sistema financiero global dominado por Estados Unidos. El 15 de septiembre, unos días después de que el gobierno se viera obligado a hacerse cargo de los arruinados bancos de crédito hipotecario Freddie Mac y Fannie Mae, la crisis de crédito gestada a fuego lento y alimentada por las *suprime* entró finalmente en erupción con el colapso del cuarto mayor banco de inversión americano. La bancarrota de Lehman Brothers desencadenaba el mayor *crack* bancario desde 1929 y sumía al mundo occidental en su más profunda crisis desde los años treinta.

La primera década del siglo XXI sacudió los cimientos del orden internacional, puso patas arriba las certezas de las élites planetarias, y 2008 marcó el punto de inflexión. Con el fin de la guerra fría nos habían dicho que las grandes cuestiones políticas y económicas habían quedado resueltas, que la democracia liberal y el capitalismo de libre mercado habían triunfado y que el socialismo era historia. A

---

<sup>1</sup> He analizado los acontecimientos y el significado de la guerra ruso-georgiana de 2008 en diversos artículos: «Un cuento de expansión estadounidense y no de agresión rusa», *Guardian*, 14 de agosto de 2008; «La verdad sobre Osetia del Sur», *Guardian*, 31 de octubre de 2008 y «Georgia es el cementerio del mundo unipolar estadounidense» (28/08/2008), capítulo 7 de este libro.

partir de ese momento, la discusión política iba a quedar reducida a las guerras culturales y a los equilibrios entre impuestos y gasto, y el mercado decidiría todo lo demás.

En 1990, George Bush padre inauguraba lo que saludó como un «nuevo orden mundial» basado en la supremacía militar norteamericana sin oponentes y el dominio occidental de la economía.<sup>2</sup> El fin de la Unión Soviética significaba que ya no habría otras superpotencias, que estábamos en un mundo unipolar sin rivales. Las potencias regionales se postrarían, como así fue, ante el nuevo imperio mundial y únicamente se emplearía la fuerza para controlar, en nombre de los derechos humanos, a los *estados canallas* que no obedecieran. Llegó incluso a decirse que la historia misma había llegado a su fin.<sup>3</sup>

Pero entre el ataque a las Torres Gemelas en 2001 y la caída de Lehman Brothers siete años después, aquel orden mundial se había desmoronado. Dos fueron los factores determinantes. Tras una década de continuas guerras, Estados Unidos había conseguido poner de manifiesto no el alcance de su poder militar, sino sus límites, al tiempo que el modelo capitalista neoliberal, que había imperado sin oposición a lo largo de esos años, se estrellaba de manera estrepitosa y era rechazado en buena parte del mundo.

Paradójicamente, fue la reacción estadounidense al 11-S lo que terminó por debilitar tanto su propia autoridad internacional como el sentimiento de invulnerabilidad del primer imperio verdaderamente global. Como regla general, y a diferencia de la resistencia armada popular, el terrorismo en sentido estricto no sólo es moralmente indefendible, sino que tampoco funciona, en el sentido de que no logra sus objetivos. Sin embargo, la respuesta increíblemente mal calculada de la administración Bush convirtió las atrocidades cometidas

---

<sup>2</sup> El nuevo marco global pos-guerra fría de Bush fue presentado en un discurso ante el Congreso de los Estados Unidos el 11 de septiembre de 1990 titulado «Hacia un nuevo orden mundial». En 1992, el Pentágono describió la estrategia norteamericana como «dominación benévola» para impedir el surgimiento de una superpotencia rival: *New York Times*, 8 de marzo de 1992.

<sup>3</sup> Francis Fukuyama, «El fin de la historia», publicado originalmente en *The National Interest*, verano de 1989.

en Nueva York y Washington en el que puede que haya sido el ataque terrorista más eficaz de la historia.<sup>4</sup>

La guerra contra el terrorismo de Bush no sólo ha sido un fracaso en sus propios términos, pues ha generado terroristas a lo largo y ancho del mundo islámico y fuera de él, al tiempo que su brutalidad sin ley y sus campañas de asesinato, tortura y secuestro han desacreditado por completo la pretensión occidental de ser el guardián planetario de los derechos humanos; las invasiones norteamericana y británica de Afganistán e Iraq, que eran el plato fuerte de dicha guerra —la última de ellas, desencadenada a partir de una excusa flagrantemente falsa—, han mostrado de un modo igualmente fehaciente la incapacidad del Behemot global para imponer su voluntad sobre pueblos sometidos dispuestos a resistir.

La guerra contra el terrorismo ha acabado convirtiéndose en una derrota estratégica para Estados Unidos y sus principales aliados, pagada al precio de cientos de miles de vidas. La demostración de que Estados Unidos había ido más allá de sus posibilidades militares, en particular en Iraq, reforzó la posición de quienes estaban dispuestos a desafiar la voluntad de Washington tanto a escala regional como a escala global. La rotunda respuesta rusa al ataque de Georgia contra Osetia del Sur confirmó el cambio de escenario y señaló el fin del unilateralismo norteamericano sin restricciones.

Esta defunción de la época unipolar, que se hacía patente conforme se iban poniendo de manifiesto los límites del poder estadounidense, fue el primero de los cuatro cambios decisivos que han transformado el mundo en los diez primeros años del nuevo milenio, en algunos aspectos cruciales para mejor. El segundo fueron los efectos secundarios del *crack* financiero de 2008 y la profunda crisis que desencadenó en el orden capitalista dominado por Occidente, lo que ha acelerado a su vez el declive relativo de Estados Unidos; una crisis gestada en Estados Unidos, agudizada por el gigantesco coste de sus múltiples guerras y que ha tenido el efecto más devastador en aquellas economías cuyas élites con más entusiasmo se habían creído la ortodoxia neoliberal de la desregulación de los mercados financieros

---

<sup>4</sup> Esta cuestión se analiza en «Una década de crímenes globales, pero también de avances cruciales» (30.12.2009), capítulo 8.

y el poder del capital sin trabas, entre las que se incluyen las de Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Europea. Un modelo de capitalismo insaciable, con el que el mundo había tenido que tragar durante una generación como único modo posible de gestionar una economía moderna, al precio de una desigualdad en rápido crecimiento y una catastrófica degradación ecológica, había quedado en entredicho; y sólo se ha salvado del colapso gracias a la mayor intervención estatal de la historia.<sup>5</sup> Los siniestros siameses del neoconservadurismo y del neoliberalismo, que a principios de siglo tuvieron al mundo cogido entre sus garras, habían sido puestos una y otra vez a prueba hasta quedar destruidos.

El fracaso de ambos ha acelerado el ascenso de China, tercero de los grandes cambios históricos registrado en los primeros años del siglo XXI. El impresionante crecimiento del país no sólo ha sacado a cientos de millones de personas de la pobreza y ha reducido a menos de la mitad la brecha económica con respecto a Estados Unidos en esta década, sino que su modelo de inversión, dirigido todavía por el estado, le ha permitido capear los primeros años de depresión en el oeste sin padecer siquiera una ralentización, poniendo así en ridículo la ortodoxia neoliberal del libre mercado. Al mismo tiempo, la rápida expansión de China ha propiciado el surgimiento de un nuevo centro de poder en el nuevo mundo multipolar, lo que ha significado un mayor margen de maniobra para los estados más pequeños, que desde el final de la guerra fría se habían visto maniatados por la ausencia de un centro de poder alternativo a Estados Unidos y sus aliados. Más de la mitad de los intercambios comerciales chinos tienen lugar con economías en vías de desarrollo, lo que ha convertido al gigante asiático en un motor de crecimiento para los países del *sur global*, mientras los amos tradicionales de la economía mundial seguían enredados en la crisis.<sup>6</sup>

---

<sup>5</sup> El coste estimado del rescate a nivel internacional en el primer año fue de 10,8 billones de dólares, según los datos del FMI. *Cfr.* página web de BBC News, 10 de septiembre de 2009.

<sup>6</sup> En los tres meses anteriores a octubre de 2011, el 54% de los intercambios comerciales de China se realizaron con países en vías de desarrollo: el 49% de las exportaciones y el 60% de las importaciones. Entre 2008 y 2010, los países con un nivel bajo y medio de renta nacional fueron responsables del 78% del crecimiento económico mundial.

Este profundo desplazamiento ha despejado a su vez el terreno para la corriente progresista de cambio social que ha sacudido Latinoamérica, el cuarto cambio global que ha dado forma a este inicio de siglo. Impulsado por la precoz y funesta experiencia del neoliberalismo en el subcontinente, así como por el ensimismamiento de Estados Unidos en la guerra contra el terror, gobiernos radical-socialistas y socialdemócratas han ido haciéndose con el poder a lo largo y ancho de la región; gobiernos que se han enfrentado a las injusticias económicas y étnicas, han forjado una nueva independencia regional, han desafiado el dominio norteamericano y han recuperado el control de recursos naturales que estaban en manos de grandes multinacionales. Después de dos décadas teniendo que oír que no había alternativa posible al capitalismo neoliberal, los latinoamericanos la estaban creando en pleno siglo XXI.

Todos estos cambios históricos y estos avances sociales han venido, claro está, acompañados de enormes costes y una buena cantidad de restricciones. Estados Unidos mantendrá su abrumador poderío militar en el futuro previsible; su derrota parcial en Iraq y Afganistán se ha pagado al precio de una enorme cantidad de vidas y destrucción y el nuevo escenario multipolar trae consigo nuevas formas de conflicto. El modelo neoliberal ha quedado en entredicho, pero muchos gobiernos occidentales han seguido tratando de reflotarlo, forzando programas de austeridad que recortan empleo y nivel de vida y aumentan la pobreza. El propio éxito de China se ha cobrado un alto precio en términos de desigualdad, violación de derechos humanos y degradación ecológica. Y las élites pro-estadounidenses de Latinoamérica no han cejado en su determinación de revertir los avances sociales de toda una década, como consiguieron hacer en 2009 con el violento golpe de estado en Honduras.

Estas contradicciones acosaron también la agitación revolucionaria en que quedó sumido el mundo árabe. Si las transformaciones de la primera década del siglo XXI realmente dieron comienzo con el 11-S, el círculo iba a cerrarse con las revueltas que estallaron en Túnez y Egipto en el invierno de 2010-2011 y que han provocado otra transformación de alcance global. Desencadenadas por los efectos secundarios de la crisis económica en los países occidentales, las revueltas han conducido a su vez a una renovada intervención militar occidental

y al intento de apropiárselas o de desviarlas, tanto desde dentro como desde fuera de la región. Pero el ímpetu popular que animaba la revuelta no sacaba su fuerza del legado de la anterior campaña neconservadora norteamericana en apoyo de las seudodemocracias controladas por Occidente en Oriente Medio, como iban a pretender, desvergonzadamente, sus desacreditados artífices. Surgía de la negativa árabe a aceptar el papel pasivo que le habían asignado, la misma negativa que había animado la resistencia contra la guerra, la ocupación y la tiranía patrocinadas por los países occidentales a lo largo de los diez años anteriores.

A pesar de todos estos reveses, crímenes y catástrofes, una década después del 11-S el neoliberal Consenso de Washington había fracasado; el nuevo orden mundial se había venido abajo y por todo el mundo se despejaba el terreno para los movimientos sociales y los gobiernos progresistas. La Historia empezaba a cobrarse su venganza. Estas son las transformaciones que se describen y se analizan, tal y como han tenido lugar, en las páginas que siguen.

\* \* \*

Una década después de su lanzamiento, la guerra contra el terror de Bush se había convertido en algo tan bochornoso para el gobierno estadounidense que éste tuvo que cambiarle el nombre oficial: pasó a llamarla «operaciones de contingencia en el exterior».<sup>7</sup> De manera prácticamente unánime, se reconocía que la invasión de Iraq había sido un desastre. Todo el mundo admitía que la ocupación de Afganistán era una empresa condenada al fracaso que jamás llevaría la paz ni al país ni a la zona. Sin embargo, este realismo escarmentado estaba en las antípodas de la acogida que esas mismas campañas de castigo habían encontrado en la opinión dominante occidental cuando George Bush y Tony Blair las pusieron en marcha. La exaltación prebélica y el apoyo crédulo estaban entonces a la orden del día entre

---

<sup>7</sup> *Guardian*, 25 de marzo de 2009.

la clase política y el grueso de los grupos mediáticos leales a ambos lados del Atlántico.

Recordar lo que los políticos norteamericanos y británicos y sus amaestrados analistas decían con toda naturalidad tras el 11-S o en vísperas de la invasión de Iraq es transportarse a un universo paralelo de espejismos tóxicos y absoluto desprecio por las consecuencias humanas de los cataclismos que se habían puesto en marcha. De todo ello informaban, no obstante, como de algo lógico y perfectamente razonable, unos medios domesticados, mientras se hacía todo lo posible para desacreditar o marginar a quienes rechazaban los argumentos en favor de la invasión y la ocupación, cuyas posiciones se verían no mucho después ampliamente justificadas.

Toda una lección sobre el poder que tiene hasta la más inconsistente propaganda de los estados occidentales modernos cuando consideran que sus intereses vitales y su seguridad están en juego. En el periodo posterior al 11-S, la reacción política y mediática contra quienquiera que osara vincular los ataques con las décadas de intervención occidental y de apoyo a las dictaduras-títere del mundo musulmán, o que pusiera en cuestión la campaña bélica, fue salvaje. De manera excepcional entre los medios británicos del momento, el *Guardian* publicó un debate que recogía todos los puntos de vista sobre por qué habían tenido lugar los atentados y cuál debía ser la respuesta de Estados Unidos y del mundo occidental en general. La reacción rayó en la locura: aquello era «antiamericanismo» sedicioso, se dijo. Michael Grove, posteriormente ministro en el gabinete conservador del gobierno de David Cameron, declaró que el *Guardian* se había convertido en una «banda de quintacolumnistas pijo-terroristas».<sup>8</sup> El escritor Robert Harris, por aquel entonces todavía íntimo de Blair,<sup>9</sup> denunció al rotativo por dar cabida a aquella «cháchara de imbéciles» incapaces de comprender que el mundo volvía a estar

---

<sup>8</sup> Literalmente, «a “Prada-Meinhof gang” of “fifth columnists”»: juego de palabras con el nombre del grupo terrorista alemán Fracción del Ejército Rojo, también conocido como banda Baader-Meinhof. (*Todas las llamadas con asterisco corresponden a notas del traductor. Las del propio autor se señalan con numeración arábiga.*)

<sup>9</sup> Antiguo donante del nuevo laborismo, posteriormente Harris acabaría rompiendo con Blair y escribiendo un *thriller* político sobre un ex primer ministro muy parecido a Blair que es acusado de autorizar en secreto la «entrega» o secuestro de



en guerra contra Hitler. El *Sun* de Rupert Murdoch condenaba a quienes alertaban contra la guerra como «propagandistas antiamericanos de la prensa fascista de izquierdas». Cuando, un par de meses después, el régimen talibán era derrocado y las mujeres afganas supuestamente estaban desprendiéndose de los *burkas* para celebrar su «liberación», la oficina del portavoz del primer ministro emitió un triunfal comunicado de condena contra quienes (yo mismo incluido) se habían opuesto a la invasión de Afganistán y a la guerra contra el terrorismo: había quedado «demostrado», afirmaba el comunicado, que estábamos «equivocados».<sup>10</sup>

Una década más tarde, pocos podían seguir dudando de que quienes en realidad se habían «equivocado», y con consecuencias catastróficas, eran el gobierno de Blair y sus acólitos mediáticos, y de que eran sus oponentes quienes estaban tristemente en lo cierto. En las semanas posteriores a los atentados del 11-S, los comentaristas críticos (es verdad que la mayoría de ellos de izquierdas) vaticinaron que Estados Unidos y sus aliados no conseguirían someter Afganistán, y que la propia guerra contra el terror iba a espolear y propagar el terrorismo, incluso a Pakistán y a las ciudades de los estados invasores;<sup>11</sup> que hacer pedazos el estado de derecho tendría consecuencias nefastas y que la invasión de Iraq iba a ser un sangriento desastre.<sup>12</sup>

Mientras tanto, los aclamados «expertos» del partido de la guerra, como Paddy Ashdown, antiguo líder del Partido Liberal Demócrata y «virrey de Bosnia», ridiculizaban a quienes advertían de la posibilidad de que la invasión liderada por Estados Unidos condujese a una «interminable guerra de guerrillas» en Afganistán,<sup>13</sup> calificando dichas advertencias de «rocamboleras». Lo mismo hicieron los gobiernos británico y estadounidense: la guerra iba a liberar a las mujeres,

---

ciudadanos británicos para ser torturados. Cfr. Robert Harris, *El poder en la sombra*, Grijalbo, Barcelona, 2008.

<sup>10</sup> La batalla de los medios británicos a propósito del 11-S y la guerra de Afganistán se trata en «¿Cháchara de imbéciles? La Historia lo ha juzgado» (06.09.2011), capítulo 10.

<sup>11</sup> «Bush echa más gasolina al fuego» (27.09.2001) y «Dando tumbos hacia la catástrofe en Afganistán» (11.10.2001), capítulo 2.

<sup>12</sup> «Vamos como sonámbulos hacia una temeraria guerra de agresión» (27.09.2002), capítulo 2.

<sup>13</sup> *Observer*, 18 de noviembre de 2001.

dijeron; iba a traer la democracia y a erradicar la producción de opio. El entonces ministro de Asuntos Exteriores, Jack Straw, reprendía a finales de 2001 a los diputados laboristas por insinuar la posibilidad de que las tropas estadounidenses y británicas siguieran luchando en Afganistán doce meses más tarde.<sup>14</sup> Más de diez años después, la resistencia armada contra la ocupación de la OTAN por parte de los talibanes y otros grupos era más firme que nunca; los corruptos y despiadados señores de la guerra llevaban la voz cantante; los derechos de la mujer retrocedían y Afganistán se había convertido en la guerra más larga de la historia de Estados Unidos.

Algo similar sucedió con respecto a Iraq, aunque para entonces la oposición a la guerra se había extendido al corazón del *establishment* británico y un movimiento capaz de sacar a protestar a las calles de Londres a más de un millón de personas daba voz a dicha oposición.<sup>15</sup> Los ministros y su infantería mediática, todos esos periodistas que abogaban por la intervención militar, seguían acusando a quienes se posicionaban contra la guerra de propugnar una política de «apaciguamiento», como en los años treinta.<sup>16</sup> Se trataba de una acusación particularmente extravagante, teniendo en cuenta que quienes la formulaban habían atado los destinos del país a un poder militar cada vez más ingobernable que se disponía a desencadenar, a la luz pública y desafiando a la opinión internacional, una agresión no provocada basándose en lo que ya por aquel entonces era un plan manifiestamente fraudulento. Acusación que, sin embargo, fue tomada en consideración con la máxima seriedad.

---

<sup>14</sup> «Luchando contra el terror, no: alimentándolo» (21.11.2002), capítulo 2.

<sup>15</sup> La manifestación de Londres contra la guerra de Iraq del 15 de febrero de 2003 fue organizada por la coalición Stop the War, en colaboración con la Campaña por el Desarme Nuclear y la Asociación Musulmana de Gran Bretaña. *Cfr.* página web de BBC News, 16 de febrero de 2003.

<sup>16</sup> Referencia a lo que se conoce como «política de apaciguamiento», la estrategia conciliadora puesta en práctica por Neville Chamberlain ante la política expansionista de la Alemania hitleriana previa a la segunda guerra mundial. La política de apaciguamiento fue criticada en su momento por Winston Churchill, quien dejó, entre otras, esta caracterización del «apaciguador»: «Un apaciguador es alguien que alimenta a un cocodrilo con la esperanza de ser el último a quien el cocodrilo se coma». El autor desarrolla este asunto en el artículo titulado «Quienes se oponen a la guerra no son los “apaciguadores” de los años treinta» (capítulo 3).

Los neoconservadores norteamericanos insistían en que «liberar» Iraq sería «pan comido». El secretario de Defensa estadounidense, Donald Rumsfeld, vaticinó que la guerra duraría seis días, y Blair aseguró que morirían muchos menos civiles por culpa de la invasión que en un solo año de gobierno de Sadam.<sup>17</sup> La mayoría de los medios angloamericanos se pensaban que los iraquíes iban a recibir a las tropas británicas y norteamericanas con flores y que la resistencia se vendría abajo rápidamente. Estaban completamente equivocados; una vez más, se demostró que quienes llevaban razón eran quienes se oponían a la guerra.

Una nueva ocupación de tipo colonial en Iraq —escribí en la primera semana de la invasión de 2003— «tendrá que hacer frente a una decidida resistencia guerrillera mucho después de que Sadam Husein haya desaparecido», y los ocupantes «serán expulsados una vez más».<sup>18</sup> En efecto, las tropas británicas tuvieron que enfrentarse a continuos ataques armados hasta que, finalmente, fueron forzadas a abandonar Basora en 2009. Y lo mismo, a una escala mucho mayor, les sucedió a las tropas regulares estadounidenses hasta su retirada de Iraq en 2011.<sup>19</sup>

Pero no ha sido únicamente en lo referente a la guerra contra el terrorismo y la ocupación de Iraq y Afganistán donde se ha demostrado que quienes se oponían al nuevo orden mundial tenían razón y que sus adalides y voceros políticos no decían más que funestas sandeces. Durante treinta años, las élites políticas y empresariales de Occidente habían estado repitiendo que sólo la pócima mágica de los mercados desregulados, la privatización, el libre comercio y los impuestos bajos al capital —el catecismo del Consenso de Washington— podría traernos ya crecimiento y prosperidad. Y tras el hundimiento del régimen soviético y la retirada de la izquierda a

---

<sup>17</sup> Amnistía Internacional estimó que el número de muertes relacionadas con la represión política en aquel momento en Iraq estaba en unos pocos cientos al año. En los cinco primeros años posteriores a la invasión, las estimaciones de civiles muertos oscilaban entre 150.000 y más de un millón. Véase «Alguien tendrá que rendir cuentas por este “día de infamia”» (29.03.2008), capítulo 5.

<sup>18</sup> «Luchan por su independencia, no por Sadam» (27.03.2003), capítulo 3.

<sup>19</sup> Frank Ledwidge, *Loosing Small Wars: British Military Failure in Iraq and Afghanistan*, New Haven & London, 2011, capítulo 2: «Defeated, Pure and Simple».

nivel internacional pudieron usar su dominio abrumador y su control de los organismos internacionales para difundir por todo el mundo un modelo globalizado de capitalismo neoliberal.

El largo periodo de prosperidad posterior fue posible por la incorporación al mercado capitalista internacional de cientos de millones de trabajadores cualificados mal remunerados procedentes de Europa del este y de Asia, lo que, combinado con el debilitamiento generalizado de las organizaciones de trabajadores, la expansión desregulada de las finanzas internacionales y una avalancha de importaciones baratas, dio como resultado una época dorada para los beneficios empresariales y un asalto global al poder por parte de las clases privilegiadas. Pero para buena parte del mundo, la prosperidad de los noventa y los primeros años del nuevo siglo significó un estancamiento de los salarios reales, un crecimiento mucho más lento que en la era de la posguerra y un drástico incremento de la desigualdad y la inseguridad.<sup>20</sup>

Mucho antes del *crack* de 2008, el modelo de «libre mercado» y su funesto historial había sido objeto de feroces ataques, por parte, entre otros, del movimiento antiglobalización, que adquirió relevancia internacional a raíz de las protestas de 1999 en Seattle contra la Organización Mundial del Comercio. En campañas de base y foros sociales por todo el mundo, lo que una y otra vez se trataba de hacer ver era que el orden neoliberal estaba poniendo el poder en manos de organismos internacionales controlados por Occidente y de bancos y multinacionales que no rendían cuentas ante nadie; que dicho orden generaba más pobreza e injusticia social, destruía comunidades y medio ambiente y vaciaba de contenido la democracia, minando los derechos de los trabajadores; y que, tanto económica como ecológicamente, era insostenible.<sup>21</sup>

A diferencia de los políticos del nuevo laborismo alineados con los intereses empresariales como Gordon Brown, que declaró que los ciclos de expansión y contracción eran cosa del pasado, los críticos del modelo del libre mercado descartaban por absurda la idea de que se pudiera suprimir el carácter cíclico del mercado capitalista. De

---

<sup>20</sup> Paul Davidson, *Financial Markets, Money and the Real World*, Cheltenham, 2002, p. 2.

<sup>21</sup> «El regreso del anticapitalismo», (02.05.2001), capítulo 1.

hecho, la cosa no podía estar más clara: la desregulación y la financiarización lo habían vuelto aún más inestable y el temerario apoyo a la especulación financiera alimentada a base de endeudamiento, así como las burbujas inmobiliarias y de crédito, nos llevaban directamente a la crisis.<sup>22</sup>

No por casualidad, la gran mayoría de los economistas occidentales que vaticinaron una crisis grave de endeudamiento, un pinchazo de las burbujas inmobiliaria y de crédito o el colapso del modelo neoliberal eran, en sentido amplio, de izquierdas: de Dean Baker y Steve Keen a Ann Pettifor, Paul Krugman, David Harvey o Richard Wolff.<sup>23</sup> Ya se tratara de keynesianos, poskeynesianos o marxistas, ninguno aceptaba el fundamentalismo ideológico del mercado utilizado para legitimar la gigantesca transferencia de riqueza y poder del trabajo al capital que había tenido lugar en los treinta años anteriores en nombre del liberalismo económico. Todos entendían, en contra de la ortodoxia neoliberal, que los mercados desregulados no tienden al equilibrio, sino que agudizan la tendencia inherente al capitalismo a generar crisis sistémicas.

Así que mientras en Gran Bretaña los tres principales partidos apoyaban una «regulación mínima» del sistema financiero,<sup>24</sup> y discrepaban tan sólo con respecto a cuán mínima tenía que ser, sus críticos sostenían desde hacía mucho que la liberalización de las finanzas multiplicaría notablemente el peligro de desplome financiero y aumentaría al daño al resto de la economía.<sup>25</sup> Cuando más tarde Alan Greenspan, el neoliberal presidente de la Reserva Federal

---

<sup>22</sup> Véase, por ejemplo, Larry Elliott y Dan Atkinson, *Fantasy Island*, Londres, 2007, capítulo 3.

<sup>23</sup> Ann Pettifor, *The Real World Economic Outlook*, Londres, 2003; Dean Baker, Centre for Economic and Policy Research, agosto de 2002; *New York Times*, 1 de febrero de 2012 y David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, Akal, Madrid, 2007.

<sup>24</sup> Esto incluía a Vince Cable, el ministro liberal-demócrata de Negocios, Empresas y Competencias en el gobierno conservador de David Cameron, a quien algunos atribuyen haber avisado de los peligros del crecimiento de la deuda de las familias alimentada a base de crédito con el nuevo laborismo. Sin embargo, durante el primer año del gobierno Blair, dijo en la Cámara de los Comunes que la regulación financiera debía «hacerse con un criterio suave». *Cfr.* Hansard, 28 de junio 1999.

<sup>25</sup> Este argumento se desarrolla, por ejemplo, en Nicholas Costello, Jonathan Michie y Seumas Milne, *Beyond the Casino Economy*, Londres, 1989, capítulo 6.

norteamericana que lideró la desregulación financiera, preparando así el terreno para la crisis de las *subprime*, reconoció ante el Congreso que su ideología y su «visión del mundo» a fin de cuentas «no eran correctas», no hacía más que confirmar lo que habían estado diciendo todo el tiempo los opositores al capitalismo neoliberal en todo el mundo.<sup>26</sup> Y cuando Adair Turner, presidente de la Financial Services Authority británica, admitió que buena parte de la actividad desregulada de la City londinense era «socialmente inútil», no hacía más que repetir lo que los críticos del modelo basado en la especulación financiera llevaban diciendo desde mucho antes de que dicho modelo se hiciera añicos.<sup>27</sup>

Estos argumentos pudieron oírse durante todos los años de idolatría del mercado. Cuando la terapia de *shock* neoliberal prescrita por Occidente se aplicó para restaurar el capitalismo en Rusia y Europa del este, las élites occidentales la saludaron como el comienzo de una era de libertad y prosperidad; los opositores al nuevo orden vaticinaron que conduciría al desastre económico y social. Efectivamente, el desplome de Europa del este en la década de los noventa fue peor que la Gran Depresión de los años treinta, y la terapia neoliberal de desregulación y privatización generalizadas que Rusia se vio obligada a aplicar dio paso al mayor colapso de una economía industrial en tiempos de paz de la historia, lo que llevó a 130 millones de personas a la pobreza y a otros varios millones a una muerte prematura.<sup>28</sup>

Ya fuera a escala local o a escala internacional, el proceso seguía el mismo patrón en todas partes. La privatización ocupaba un lugar principal en el programa neoliberal, pues se trataba de incorporar cualquier parte de la economía y de los servicios sociales al sistema del beneficio empresarial. En el Reino Unido, los sectores críticos advirtieron de que el plan de privatización de servicios públicos del gobierno Blair en nombre de la libertad de elección y la rentabilidad saldría

---

<sup>26</sup> Alan Greenspan, declaración ante el Congreso de los Estados Unidos, 23 octubre de 2008.

<sup>27</sup> *Guardian*, 27 de agosto de 2009.

<sup>28</sup> «La *catastroika* no ha sido un desastre sólo para Rusia» (16.08.2001), capítulo 1; Seumas Milne, *Tribune*, 7 de febrero de 1992 y 30 de octubre de 1992; Stephen F. Cohen, *Failed Crusade*, Nueva York, 2001 y László Andor y Martin Summers, *Market Failure*, Londres, 1998.

más caro, reduciría la responsabilidad y la transparencia, deterioraría los salarios y las condiciones laborales de los trabajadores y llevaría a un aumento de la burocracia y la corrupción política.<sup>29</sup> Y eso es exactamente lo que pasó. En 2011, por ejemplo, se estimaba que las Iniciativas de Financiación Privada por valor de 53.000 millones de libras, que cedían la construcción y la gestión de hospitales, escuelas y cárceles a empresas privadas con contratos de décadas de duración iban a terminar costando al estado 25.000 millones de libras más que si el gobierno los hubiera financiado directamente.<sup>30</sup> Al año siguiente, una comisión parlamentaria concluyó que las Iniciativas de Financiación Privada eran caras, ineficientes, inflexibles e insostenibles... aunque, por supuesto, hubiesen rendido «increíbles beneficios».<sup>31</sup>

Y en la Unión Europea, donde la ideología neoliberal, los privilegios de las grandes empresas y la ortodoxia de mercado quedaban más profundamente incorporados con cada revisión del Tratado, el resultado fue ruinoso. La combinación de un sistema bancario liberalizado con una unión monetaria antidemocrática, asimétrica y deflacionaria (cuyos críticos —en este caso tanto de izquierdas como de derechas— siempre habían advertido de que corría peligro de saltar por los aires sin transferencias de impuestos y gasto público a gran escala), era un desastre económico anunciado. El *crack* de 2008 fue el detonante para lo que se convertiría en la demoledora crisis económica y social de la eurozona.<sup>32</sup>

El colapso en el corazón del sistema económico global, calificado por el gobernador del Banco de Inglaterra, Mervyn King, como la peor crisis financiera en la historia del capitalismo, convirtió lo que era un sólido argumento contra el orden neoliberal en un argumento irrefutable. Al fin y al cabo, fue la desregulación de los mercados, la financiarización de todos los sectores de la economía, el bombeo de crédito para llenar el vacío producido por el estancamiento de los salarios y la pérdida de mecanismos estatales derivada de la privatización generalizada lo que desencadenó el *crack* y lo convirtió

---

<sup>29</sup> «Sí que importa que el gato sea blanco o negro» (11.04.2001 y 23.05.2001), capítulo 4.

<sup>30</sup> *Financial Times*, 7 de agosto de 2011.

<sup>31</sup> *Independent*, 2 de mayo de 2012.

<sup>32</sup> «Las élites siguen sin asumirlo: el modelo europeo ha fracasado» (03.11.2011), capítulo 9 y Seumas Milne, *Tribune*, 6 de diciembre de 1991.

en una larga crisis; y todos estos factores surgieron del mismo centro del sistema neoliberal y su funcionamiento cada vez más aberrante. Quedaba demostrado que las élites dirigentes que habían abogado por él, incluido el propio King, se habían equivocado estrepitosamente; y no sólo con respecto al impacto económico y social del «libre mercado», sino con respecto a su verdadero funcionamiento en la realidad. Los críticos habían comprendido, mucho antes de que la crisis se convirtiera en una quiebra, que el fracaso del modelo traería consigo un cambio ideológico radical, mientras que el *establishment* político y empresarial haría cualquier cosa por intentar recomponer un modelo roto al que sus propios intereses estaban tan estrechamente unidos.<sup>33</sup>

Los argumentos contra el capitalismo neoliberal procedían mayoritariamente de la izquierda, al igual que la oposición a las guerras de invasión y ocupación orquestadas por Estados Unidos en el mundo islámico. Pero, considerando que durante varias décadas la derecha política no había dudado en proclamar su victoria ideológica aun sobre las bases más precarias, la izquierda se mostró sorprendentemente lenta a la hora de sacar partido de su posición en las dos principales controversias globales de principios del siglo XXI. Tal vez no fuera de extrañar, dada la pérdida de confianza derivada de las derrotas y las retiradas de la izquierda a finales del siglo XX, incluida la pérdida de confianza en sus propias alternativas sociales. Pero dejar claras las lecciones de estos procesos históricos —el desastre de las guerras occidentales de intervención y el fracaso de su sistema económico— era fundamental si se quería evitar que siguieran adelante, que fueran maquillados o que volvieran a repetirse.

Puede que en general se admitiera que las ocupaciones de Iraq y Afganistán habían sido sendos catastróficos fracasos, pero la guerra contra el terrorismo prosiguió y hasta se amplió a todo Oriente Medio y África en operaciones encubiertas y ataques con aviones no tripulados que dejaron numerosas matanzas de civiles de Pakistán a Somalia. A pesar del escepticismo o del rechazo de la opinión pública occidental hacia las aventuras armadas en el mundo árabe e islámico, las potencias de la OTAN intervinieron militarmente para apoyar a las fuerzas rebeldes en Libia y tuvieron un papel determinante en el

---

<sup>33</sup> «La crisis y el final del consenso del libre mercado» (13.12.2007), capítulo 6.



derrocamiento del régimen de Gadafi. La operación se llevó a cabo en nombre de la protección de la población civil, pero a raíz de la intervención murieron miles de libios en una guerra civil agravada por la acción de la OTAN, al tiempo que una Siria desgarrada por el conflicto padecía la amenaza de una intervención occidental e Irán la de una guerra en toda regla por parte de Israel o Estados Unidos.

Y si bien el modelo del libre mercado había quedado desacreditado, aún estaba muy lejos de abandonarse, más bien al contrario. Latinoamérica se había vuelto contra el neoliberalismo y China había demostrado el importante papel que pueden jugar las empresas y los bancos de propiedad pública a la hora de dirigir el crecimiento económico, en contra del dogma del libre mercado. Pero en todo el mundo occidental, los gobiernos utilizaban los efectos de la crisis, a la manera de la doctrina del *shock*, para tratar de reconstruir y afianzar aún más el sistema neoliberal.<sup>34</sup> Con la coartada de que la austeridad era imprescindible para hacer frente a los costes del hundimiento y el rescate bancarios, no sólo se recortó como nunca antes en puestos de trabajo, salarios y servicios sociales, sino que los restos del sector público se abrieron aún más a la privatización y a los mercados controlados por las grandes empresas.

Obviamente, no iba a bastar con tener razón para alterar los inveterados intereses creados que dependían de la reconstrucción del statu quo. Para cambiar las tornas, haría falta organización política y sindical y una presión social lo suficientemente fuerte. La repugnancia de la población ante una clase dirigente desacreditada y contra su fracasado proyecto social y económico no dejó de agudizarse tras el colapso de 2008; y a medida que el peso de la crisis iba recayendo sobre el grueso de las poblaciones en todo el mundo capitalista avanzado y la brecha entre los más ricos y el resto se hacía cada vez mayor, la extensión de huelgas y protestas, así como las turbulencias electorales, demostraron que la presión en favor de un verdadero cambio no había hecho más que comenzar.

---

<sup>34</sup> Naomi Klein, *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*, Paidós, Barcelona, 2007.

Las semillas de la crisis del sistema económico y del modelo de relaciones internacionales se sembraron en los años noventa; su despliegue en la década siguiente tuvo lugar en varias fases diferentes, las cuales proporcionan el armazón de este libro. Bill Clinton, Tony Blair y su séquito de adeptos del ala post-socialdemócrata europea dieron una pátina progresista al nuevo orden mundial. Los últimos años del siglo xx supusieron el punto álgido tanto de la globalización del libre mercado como del intervencionismo liberal que, de manera tan llamativa, reproducía el imperialismo liberal de finales del siglo XIX. La privatización y la desregulación campaban a sus anchas por el planeta, de Moscú a Bombay, al tiempo que un centrismo político cortado a la medida de los intereses empresariales imponía férreos límites a las políticas redistributivas y a las reformas sociales en lo que una vez fue el bastión de la socialdemocracia occidental.<sup>35</sup>

Tras la catastrófica desintegración de Yugoslavia patrocinada por Occidente, la sed angloamericana de intervención militar en el mundo crecía de manera constante bajo la bandera de los derechos humanos, al tiempo que se aplicaba a Iraq un programa homicida de sanciones por unas «armas de destrucción masiva» que ya no tenía. El intervencionismo liberal alcanzó el culmen de su arrogancia en la autoproclamada «guerra humanitaria» de la OTAN contra Yugoslavia, desencadenada a raíz de la rebelión de Kosovo en 1999. La campaña de bombardeos de la OTAN, que carecía del respaldo de la ONU, incrementó tanto la escala de la limpieza étnica como la represión que supuestamente iba a detener, y sólo gracias a la presión rusa pudo garantizarse la retirada serbia. Sin embargo, fue saludada como un gran éxito por sus artífices (y creó un precedente para la invasión ilegal de Iraq cuatro años más tarde).<sup>36</sup> Lo mismo sucedió con la intervención británica en la guerra civil de Sierra Leona en 2000, que, según Blair no se cansó de repetir, había salvado la «democracia», cuando el papel decisivo a la hora de poner fin a la guerra, dos años

---

<sup>35</sup> Este es el periodo que cubre el capítulo 1, «Los últimos días del nuevo orden mundial».

<sup>36</sup> Véase «Kosovo: un importante y ominoso precedente» (15.04.1999), capítulo 1, e «Intervencionismo liberal: un sistema para imponer el poder imperial sólo va a encontrar resistencia» (28.02.2008), capítulo 7.

más tarde, correspondió a las fuerzas africanas de la región y a Naciones Unidas.<sup>37</sup>

A nivel interno, el abandono por parte de Blair y Clinton de las políticas socialdemócratas de fiscalidad y gasto público, su apoyo al capital privado y al poder empresarial y su negativa a actuar contra la creciente desigualdad sentaron las bases para una crisis de representación política. A pesar de que el nuevo laborismo llevó a cabo una discreta política de redistribución y estimuló el gasto en sanidad y educación, incentivó la privatización y la libre competencia como la única vía para llevar a cabo las reformas, mientras el nivel de vida de la clase trabajadora se estancaba. Muerto oficialmente el comunismo, y con las políticas de clase desterradas de la agenda política mayoritaria, sólo el auge del movimiento antiglobalización, algunos atisbos de protesta contra el *establishment* político europeo y las primeras erupciones políticas en Latinoamérica permitían pensar que podía haber algún tipo de alternativa política o social.<sup>38</sup>

Ese era el contexto en el que se desencadenó la guerra contra el terror en 2001. Contrariamente a lo que se pretendió entonces, los ataques del 11-S no ocurrieron porque sí: eran el resultado de décadas de intervención militar y de apoyo americano y occidental a las dictaduras-cliente de Oriente Medio; de décadas de apoyo incondicional a la ocupación israelí permanente, de estrangulamiento de Iraq organizado por Estados Unidos y Gran Bretaña y de acantonamiento de tropas norteamericanas en Arabia Saudí (así como de efectos no deseados de la guerra contra los soviéticos en Afganistán). Tales eran los agravios que hacían que Al Qaeda reclutara seguidores y despertara simpatías por toda la región. Pero para los halcones republicanos había llegado la hora neoconservadora: la oportunidad de hacer una demostración planetaria de «dominación de amplio espectro» y poder militar unilateral, y de imponer su voluntad a un mundo árabe e islámico recalcitrante.

---

<sup>37</sup> Véase «Sierra Leona: la cruzada africana» (11.09.2000), capítulo 1, y nota 3 de dicho capítulo.

<sup>38</sup> Este es el clima económico y político del que se ocupa el capítulo 4, «Esclavos del poder corporativo».

La invasión de Afganistán se lanzó en medio de una oleada de retórica intervencionista liberal en torno a la democracia, los derechos de la mujer y el desarrollo. La facilidad con que se derrocó a los talibanes alimentó el triunfalismo occidental, y los partidarios del nuevo imperialismo —desde historiadores de derechas como Niall Ferguson hasta políticos del nuevo laborismo como Gordon Brown—<sup>39</sup> trataron de rehabilitar el modelo original. Pero las matanzas de civiles afganos y el restablecimiento del gobierno de los señores de la guerra pusieron pronto de manifiesto la triste realidad de la campaña, que estaba espoleando el terrorismo tipo Al Qaeda por todo el mundo, a lo que contribuyó igualmente, en meses posteriores, el ataque de Israel apoyado por Estados Unidos contra la intifada palestina.<sup>40</sup>

Pero el verdadero objetivo era Iraq. Para los neoconservadores era la ocasión de convertir un estado canalla rico en petróleo que se negaba a doblegarse en un faro de los valores occidentales y en un puesto avanzado de Estados Unidos en su plan para transformar la región estratégicamente más sensible del mundo. Tal era la fantasía que feneció en los campos de muerte de Faluya, Samarra, Ramadi y Basora, conforme la resistencia organizada tanto por suníes como por chiitas demostraba que los iraquíes no iban a aceptar ni el sometimiento de su país ni el papel que Washington y Londres les habían asignado. A medida que la tortura galopante, las matanzas masivas y las detenciones ilegales iban dejando clara la naturaleza groseramente colonial de la ocupación, la resistencia armada contra las fuerzas de ocupación fue aumentando hasta llegar a los 750 ataques semanales en 2007.<sup>41</sup>

En vez de en un dechado de los valores occidentales, la invasión americana y británica convirtió el país en un baño de sangre; cientos de miles de iraquíes eran asesinados y millones se convertían en refugiados. Diez años después, los responsables seguían sin rendir cuentas.

---

<sup>39</sup> «La barbarie es la consecuencia inevitable del mandato extranjero» (27.01.05), capítulo 3.

<sup>40</sup> La primera parte de la guerra contra el terror está tratada en el capítulo 2, «Recoger tempestades».

<sup>41</sup> Jonathan Steele, *Defeat: Why They Lost Iraq*, Londres, 2009, p. 253. La invasión y la ocupación de Iraq están tratadas en el capítulo 3, «El ataque del imperio», el capítulo 5, «Resistencia y reacción» y el capítulo 7, «Fin del mundo unipolar».

En lugar de reforzar el poder estadounidense en la región, la agresión fortaleció a Irán, a medida que una riada de yihadistas de Al Qaeda —los mismos yihadistas que la guerra contra el terrorismo supuestamente iba a eliminar— anegaba Iraq. Únicamente jugando de manera despiadada las bazas del enfrentamiento étnico y sectario y alimentando, al más puro estilo imperial del «divide y vencerás», la sangría entre suníes y chiitas pudo posteriormente Estados Unidos debilitar la resistencia y compensar su derrota estratégica y política.<sup>42</sup>

En la época en que Bush y Blair invadían Iraq y Afganistán, el levantamiento palestino quedaba en el centro de un arco de resistencia que coincidía con el nuevo arco de la ocupación del mundo árabe y musulmán. En 2000, Israel se había visto obligado a retirarse del sur de Líbano a causa de la resistencia de Hezbolá y, cinco años más tarde, a consecuencia de la intifada, a retroceder en la franja de Gaza, mientras imponía el control en la zona por medio del asedio y los ataques de castigo. Sus devastadores asaltos a Líbano en 2006 y a Gaza en 2008-2009 fracasaron en su objetivo de crear una fractura en el seno de Hezbolá o de Hamás, si bien el hecho de que Estados Unidos, Europa e Israel se negaran a reconocer el resultado de las elecciones palestinas —al tiempo que financiaban y armaban a la Autoridad Nacional Palestina en Cisjordania, en detrimento de una Gaza sometida a bloqueo y controlada por Hamás— agudizó las divisiones palestinas y minó la resistencia a la ocupación y la colonización.<sup>43</sup>

Aunque la magnitud del fracaso en Iraq se había hecho patente, Bush y Blair intensificaron la campaña militar en Afganistán, que pasó a ser «la guerra buena» y hasta una «guerra por la civilización». Cuando en 2006 se enviaron tropas británicas a la base de Helmand, el ministro de Defensa, John Reid, dijo en el parlamento que confiaba en que pudieran abandonar el lugar «sin haber disparado un solo tiro». Cuatro millones de balas después, morían a un ritmo mucho más rápido que en Iraq, mientras que los civiles afganos fallecían a

---

<sup>42</sup> Steele, *Defeat*, pp. 264-268.

<sup>43</sup> La intifada palestina está tratada en el capítulo 5, «Resistencia y reacción», así como en los capítulos 2, «Recogiendo tempestades» y 3, «El ataque del imperio». La guerra de Gaza de 2007-2008, en el capítulo 7, «Fin del mundo unipolar».

miles a causa de los ataques aéreos de la OTAN y del conflicto cada vez más grave con los talibanes. A medida que la ocupación en Iraq se iba desinflando, Barack Obama podía intensificar aún más la guerra afgana, extendiéndola a Pakistán por medio de continuos ataques con aviones no tripulados que dejaban miles de muertos. La guerra contra el terror siguió alimentando el terrorismo en todo el mundo musulmán así como en los países que la habían iniciado, del mismo modo que fomentaba la islamofobia en Europa y Norteamérica. Afganistán se había convertido en una guerra cuyo solo objetivo era salvar la credibilidad de la OTAN.<sup>44</sup>

Para entonces, los principales países ocupantes estaban sumidos en el *crack* de 2008 y crecía la presión popular para la retirada de unas guerras exorbitantemente caras e imposibles de ganar. La crisis económica no sólo echó por tierra la ortodoxia del libre mercado que había definido las políticas de toda una generación, sino que rehabilitó el intervencionismo estatal de la noche a la mañana. Con la magnitud de sus rescates para salvar el sistema bancario, sus nacionalizaciones y su estímulo a la demanda, los gobiernos daban una lección práctica de lo que podía hacerse. Después de décadas en las que nadie había osado desafiar al mercado, Keynes y Marx volvían a estar de moda y las élites políticas y empresariales, debilitadas.<sup>45</sup>

Pero en cuanto pasó el peligro inmediato, la presión para restaurar el viejo orden y deshacerse de los costes de la depresión convirtió rápidamente lo que era una crisis del mercado y de los bancos en una crisis del estado y de deuda pública. La quiebra económica allanaba el camino para la elección de Obama y derribaba a un gobierno electo tras otro a lo largo y ancho de Europa, dejando a la unión monetaria al borde de la implosión. En Gran Bretaña, empujó al gobierno Brown en una dirección más fehacientemente socialdemócrata, pero el cambio fue demasiado tímido y demasiado tardío como para contener la hemorragia de simpatizantes. La coalición liderada por los

---

<sup>44</sup> Las últimas fases de las guerras de Afganistán e Iraq están tratadas en el capítulo 7, «Fin del mundo unipolar». Véase también «La guerra de Afganistán no va a traer ni paz ni libertad» (05.02.2008), capítulo 5.

<sup>45</sup> El presidente conservador de Francia, Nicolas Sarkozy, incluso se hizo fotografiar hojeando un ejemplar de *El Capital* de Marx: véase «No es la muerte del capitalismo, sino el nacimiento de un nuevo orden» (23.10.2008), capítulo 6.

conservadores que ganó en 2010 impondría acto seguido un programa de austeridad para reducir el estado y reestructurar la sociedad de acuerdo con los intereses de aquellos que habían desencadenado la crisis, al tiempo que una sucesión de escándalos de corrupción desacreditaba aún más a las clases dirigentes y el país estallaba en protestas y disturbios.<sup>46</sup>

La rebelión contra la ortodoxia de mercado que había puesto contra las cuerdas a las economías del mundo occidental en 2008 había surgido por vez primera una década antes en Latinoamérica, a raíz de la crisis financiera de 1998. La experiencia latinoamericana de la privatización, la desregulación y la pauperización a que dio lugar la aplicación del credo neoliberal en la región abrió la puerta a gobiernos progresistas y radicales, de Venezuela a Brasil y de Bolivia a Argentina, en los primeros años del nuevo milenio. No sólo comenzaron a forjar la primera Sudamérica verdaderamente independiente en quinientos años, sino que sus programas sociales radicales, sus experiencias de participación democrática y su determinación de poner los recursos bajo control público demostraron que podía haber múltiples alternativas sociales y económicas en el siglo XXI.<sup>47</sup>

El rechazo latinoamericano del neoliberalismo sería reivindicado durante la crisis de los años 2007-2008, al igual que la capacidad de China para movilizar a bancos y empresas de propiedad estatal a fin de proseguir la expansión que había confirmado su incuestionable aparición como potencia económica global en el nuevo siglo. La explosiva ascensión de China, que condujo a la más importante reducción de la pobreza de la historia, se logró también a costa de una privatización corrupta y a gran escala, el surgimiento de una élite opulenta y el bloqueo de cualquier avance en la democracia. Sin embargo, en 2010, una serie de exitosas huelgas sacudieron sus enormes zonas industriales alimentadas de mano de obra barata y dedicadas a la exportación, al tiempo que se multiplicaban las protestas en las zonas rurales, conforme el gobierno fomentaba la protección del em-

---

<sup>46</sup> La reacción contra la austeridad y la crisis de las élites en Gran Bretaña y Europa están tratadas en el capítulo 9, «Señores del desgobierno».

<sup>47</sup> La ola de cambio progresista que recorrió Latinoamérica es tratada en el capítulo 8, «Una marea de cambio social».

pleo y daba señales de estar virando hacia una sanidad y una educación más libres.<sup>48</sup> El rumbo que finalmente tomara China y su modelo económico híbrido iba a depender, obviamente, de las luchas sociales y de las presiones, tanto de arriba como de abajo.<sup>49</sup>

Esa fue igualmente la lección de las revueltas que estallaron en el mundo árabe en el invierno de 2010-2011, desencadenadas por las réplicas del terremoto económico de 2008. Después de que dos de sus autócratas-cliente fueran derrocados en rápida sucesión por los levantamientos populares en Túnez y Egipto, las potencias occidentales y sus aliados en el golfo Pérsico maniobraron para secuestrar, suprimir o desviar el proceso revolucionario. En Libia, la intervención de la OTAN dio paso a un nuevo orden basado en la limpieza étnica, la tortura y la cárcel al precio de —según las estimaciones— unas 30.000 muertes, mientras los principales estados de la Alianza Atlántica apoyaban el aplastamiento de la oposición en Bahréin y otras dictaduras satélite. Entretanto, la autocracia saudí y otros regímenes del Golfo avivaban el sectarismo para controlar o sofocar las revueltas, de Siria a Arabia Saudí, mientras Estados Unidos e Israel aumentaban la amenaza de guerra contra Irán. Después de Iraq y Afganistán, estaba claro que Estados Unidos y sus aliados seguían estando dispuestos a emplear su poderío militar para controlar la región; pero también que no iba a ser nada fácil que las fuerzas que se habían desatado por todo el mundo árabe, incluido el impulso a la autodeterminación, volvieran al redil.<sup>50</sup>

---

<sup>48</sup> Según algunas estimaciones, en 2010 hubo 180.000 protestas, disturbios e «incidentes masivos» en China, número que multiplica por cuatro los registrados diez años antes. *Cfr. Wall Street Journal*, 26 de septiembre de 2011. El auge de China es analizado en el capítulo 8, «Una marea de cambio social».

<sup>49</sup> En 2012 ha habido signos de un viraje dentro de la jefatura china en favor de un nuevo proceso de privatizaciones, que afectaría también al sector financiero, coincidiendo con la desaceleración del crecimiento y la caída del ex secretario general del Partido Comunista en Chongqing, Bo Xilai, perteneciente a la «Nueva Izquierda», que ha sido utilizada para impulsar una mayor «liberalización» económica. *Cfr. New York Times*, 3 de abril de 2012.

<sup>50</sup> Las revueltas árabes son tratadas en el capítulo 10, «Levantamiento y secuestro». Sobre el resultado de la guerra libia, véase «Si de lo que se trataba en Libia era de salvar vidas, la campaña ha sido un catastrófico fracaso» (27.10.2011), capítulo 10, y «Si hubiera justicia internacional, la OTAN estaría sentada en el banquillo de los acusados por lo de Libia», *Guardian*, 15 de mayor de 2012.



Esto también era cierto a nivel global. Más de una década después del 11-S y de la posterior ofensiva neoconservadora, Estados Unidos, desde el corazón de un imperio planetario, aún mantenía fuerzas militares en la mayoría de los países, desencadenaba guerras en todo el mundo musulmán y amenazaba a aquellos países que desafiaban sus dictados. Sin embargo, su poder militar unilateral y su credibilidad habían quedado erosionados, mientras China, Rusia y Latinoamérica se habían reafirmado en su independencia, ampliando así las opciones políticas y económicas de los estados más débiles.

Del mismo modo, los gobiernos occidentales y los intereses empresariales estaban utilizando la crisis para imponer austeridad, dismantelar el estado del bienestar y ampliar aún más el proceso de privatización, mientras la inseguridad y el desempleo propiciaban el crecimiento de la extrema derecha. Sin embargo, el Consenso de Washington había quedado desacreditado, el modelo del libre mercado arruinado, la política de clase estaba de vuelta y el apoyo a la izquierda radical iba en aumento, incluso en el corazón de Europa. El espíritu de la revuelta árabe había inspirado entretanto un movimiento global de protesta contra el rescate de los más ricos (el 1% de la población) y a lo largo y ancho del planeta el rechazo del poder y la codicia de las grandes empresas se convertía en el sentir general de la época.

El historiador Eric Hobsbawm ha calificado el colapso de 2008 como una «suerte de equivalente de derechas de la caída del muro de Berlín», cuyas consecuencias han llevado al mundo a «volver a descubrir que el capitalismo no es la solución, sino el problema».<sup>51</sup> Tras la implosión del comunismo y la socialdemocracia clásica a finales del siglo xx, ha sido frecuente oír la objeción de que la izquierda carece de una alternativa sistémica. Ahora bien, ningún modelo económico y social ha venido nunca listo para armar. Todos ellos, desde el poder soviético hasta el estado del bienestar keynesiano, pasando por el neoliberalismo de Thatcher y Reagan, surgieron como resultado de una improvisación ideológicamente dirigida en unas circunstancias históricas específicas.

---

<sup>51</sup> Eric Hobsbawm, *Cómo cambiar el mundo: Marx y el marxismo*, Crítica, Barcelona, 2011.

Lo mismo puede decirse tras la crisis del orden neoliberal, en el sentido de que la necesidad de reconstruir una economía y una sociedad fracturadas sobre unas bases más democráticas, igualitarias y racionales ha comenzado a definir la forma de una alternativa colectiva y sostenible. La crisis, tanto económica como ecológica, exigía propiedad social, intervención pública y un cambio profundo en el control de la riqueza y el poder. La vida real pugnaba por soluciones progresistas. Las turbulencias de los primeros años del siglo XXI han abierto la posibilidad de un nuevo tipo de orden global y de una transformación social y económica genuina. Sin embargo, como los comunistas aprendieron en 1989 y los adalides del capitalismo han descubierto veinte años más tarde, nunca hay nada decidido.